

En otro contexto, claro está, el tango tampoco se resigna a la ausencia. Mi noche triste, escrito hace casi un siglo, dice en sus últimos versos: «La guitarra, en el ropero / todavía está colgada; / nadie en ella canta nada / ni hace sus cuerdas vibrar. / Y la lámpara del cuarto / también tu ausencia ha sentido / porque su luz no ha querido / mi noche triste alumbrar». ■

VALORES MARGINALES DECRECIENTES EN LA VIDA NACIONAL

Raúl Maestres
COACH ONTOLÓGICO

Los fundadores del principio de la utilidad marginal decreciente, una poderosa corriente de pensamiento en la primera mitad del siglo XX que se ha mantenido vigente a lo largo de los años en oposición al principio marxista del valor, fueron el inglés Stanley Jevons (1835-1882), el austriaco Karl Menger (1840-1921) y el francés León Walras (1834-1921). Ellos expusieron que, más allá de la diversidad de los gustos individuales, existe una ley psicológica según la cual la satisfacción proporcionada por un bien aumenta con el incremento del consumo de ese bien; pero tal aumento de satisfacción se produce a un ritmo decreciente, de tal manera que ocurre una saturación progresiva, sin llegar a extinguirse totalmente el deseo de consumirlo.

Tal «ley», que para Jevons se explica por razones psicológicas, ha sido denominada «ley de la utilidad marginal decreciente»; en este caso, la palabra «utilidad» designa la satisfacción o el placer obtenido, en tanto que el adjetivo «marginal» subraya el hecho de que la utilidad de la última unidad consumida disminuye en tanto el consumo aumenta. Así, para usar un ejemplo simple, si el consumo de una manzana brinda una utilidad de 10, la correspondiente a dos manzanas será 15 y la de tres manzanas 18; entonces, la utilidad marginal de la segunda manzana es igual a $15-10$ (es decir, 5), en tanto que la de la tercera manzana es $18-15$ (o sea, 3).

Para ilustrar con mayor claridad el concepto de marginalismo se utiliza el famoso ejemplo del vaso de agua fría en el desierto: ¿cuánto estaría dispuesto a pagar un explorador sediento en la mi-

tad del Sahara por el primer vaso de agua fría, por el segundo..., por el décimo..., y por el vigésimo? En esa situación, ¿qué tendría mayor valor, el primer vaso de agua o un diamante? ¿En cuál unidad de consumo de agua comienza el diamante a valer más? Este ejemplo es muy interesante para profundizar en el análisis del valor que tiene el consumo de la última unidad de un bien para cada persona.

El deterioro de valores en cuatro frentes (democracia, convivencia social, compromiso personal y compromiso empresarial), entre muchos otros factores, llevaron a la crisis venezolana actual

Es un valor subjetivo y depende de una escala personal; a diferencia del pensamiento que asigna un valor objetivo a las cosas, dependiente de las unidades de trabajo incorporadas en su producción. El concepto de valor marginal está asociado con la abundancia o la escasez de un determinado objeto o servicio en una comunidad o sociedad determinada. A la luz de esta noción del valor marginal pueden desarrollarse algunos puntos de reflexión que pudieran contribuir en algo a la comprensión del panorama que tiene por delante el país.

El período democrático

Durante los años comprendidos entre 1959 y 1998 (39 años), Venezuela disfrutó de algo que peyorativamente se pasó llamar la Cuarta República, después de que el gobierno surgido en los comicios del año 1998 se instaló en el poder. A partir del derrocamiento de la dictadura perezjimenista el 23 de enero de 1958 y las elecciones del 7 de diciembre de ese año en las cuales resultó electo Rómulo Betancourt, la naciente democracia tuvo una percepción utilitaria. Después de casi diez años de dictadura, la democracia era un bien escaso, como el primer vaso de agua en el desierto, y por lo tanto su valor para la población venezolana era muy elevado. Era cuidada con detenimiento, los ciudadanos se esmeraban en cumplir sus responsabilidades cívicas y los dirigentes públicos, junto con los privados y los políticos, hacían gala de una honestidad palpable. Eran las primeras unidades de libertad consumidas después de una larga sequía.

Los partidos políticos lucían sus mejores galas y, en medio del duro enfrentamiento ideológico que se iniciaba después de una década de silencio, exis-

tía un acuerdo tácito de cuidar y proteger la naciente era. Poco después vinieron el atentado contra Betancourt en 1960 financiado desde la República Dominicana, los tres golpes de Estado conocidos como el Carupanazo, el Porteñazo y el Barcelonazo en 1961 y 1962, y luego la subversión de la ultrazquierda financiada desde Cuba. Todos esos intentos fueron repelidos con éxito por el gobierno

y la ciudadanía. La utilidad marginal de la democracia seguía elevada.

Los años siguientes transcurrieron entre los gobiernos de Raúl Leoni, Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera Campins, Jaime Lusinchi, Carlos Andrés por segunda vez y Rafael Caldera por segunda vez. Progresivamente, la inexorable ley de la utilidad decreciente fue haciéndose presente. El valor de la democracia iba en descenso, mientras que la desidia, el clientelismo, la desmoralización y el «nomeimportismo» acabaron con la credibilidad de los partidos políticos. El momento de saturación llega cuando la población venezolana decide elegir en diciembre de 1998 al candidato que había fracasado en un intento de golpe de Estado en 1992 y ofrecía acabar con los partidos políticos tradicionales, para construir un nuevo modelo de sociedad. Todo esto conduce hasta el año 2013, cuando una sequía de valores democráticos pareciera llevar nuevamente su utilidad marginal a un punto elevado.

La convivencia nacional

Siempre se ha dicho que, gracias a un mestizaje muy particular, Venezuela se había salvado de las tensiones étnicas, la segregación racial y la discriminación social que habían afectado a otras naciones hermanas. El pensum de estudios de la escuela primaria incluía, hace mucho tiempo, una materia llamada Formación Social, Moral y Cívica, en la cual se remachaban los valores que garantizaban la convivencia ente los venezolanos. Esa concepción educativa prevaleció durante muchos años y, gracias al énfasis en los buenos modales y la convivencia pacífica, el país gozó durante décadas de un equilibrio social caracterizado por el respeto entre las personas, sin importar

su condición económica u origen étnico. Pareciera que, siguiendo el principio de utilidad marginal decreciente, a medida que fueron pasando los años y en forma paralela al deterioro político y económico, la utilidad marginal de los buenos modales y la cortesía fue decreciendo, para dar paso a la rudeza, la grosería y la altanería.

La utilidad correspondiente al buen uso del lenguaje se saturó y el país avanzó hacia un sistema que reduce cada vez más las palabras y hace del hombre un ser cautivo y sin libertad de pensamiento. En un modelo de pobreza lingüística, el muchacho va incorporando jergas, siglas y abreviaturas propias de los dialectos emergentes y el metalenguaje electrónico, que terminan adulterando profundamente el idioma castellano. Según Pedro Luis Barcia (nacido en Gualeguaychú, Entre Ríos, Argentina, el 28 de junio de 1939, presidente de la Academia Argentina de Letras), hace apenas una década un adolescente utilizaba en el hablar cotidiano unas 800 palabras y ahora no llega a 400 (el Diccionario de la Real Academia Española tiene 88.500). Progresivamente, el idioma ha perdido su utilidad y para muchos el valor presente representa algo como el centésimo vaso de agua.

La utilidad de la palabra como compromiso

Antes se decía que lo más valioso que tenía un hombre era su palabra y ella equivalía al capital máspreciado. Quien perdía su palabra lo perdía todo. Los negocios se hacían conversados y la firma era un apretón de manos, los contratos entre personas honorables se consideraban cosas de mal gusto y solo cuando una materia tenía carácter legal se hacía un documento para «notariarlo»; pero solo porque la ley lo exigía, pues entre caballeros el verdadero contrato lo sellaba el apretón de manos.

Con este principio se hicieron negocios, se compraron y vendieron

propiedades, se levantaron deudas y comprometieron capitales. Se llegó a pensar que la utilidad marginal de ese valor no decrecería; es decir, las unidades adicionales del bien no le harían perder su valor. Pero, craso error, tampoco la «palabra de honor» como se la llamaba entonces fue inmune a los principios del marginalismo. En la medida en que la democracia, la economía, los modales y el lenguaje se agotaban con cada unidad adicional de uso, así también el valor de la palabra

En una época no tan distante, el compromiso personal de muchos empresarios con sus trabajadores era más valioso que cualquier convención colectiva

sufrió estragos, hasta llegar al punto en que hoy ni siquiera un contrato legalmente firmado tiene valor. Un inquilino vagabundo, a pesar de haberse comprometido a lo que pauta la ley en esta materia y habiendo hecho todas las promesas exigibles, simplemente se apropia de un bien que no le pertenece, se niega a desocuparlo y causa a su legítimo propietario enormes perjuicios. Hasta la ley, en el momento de marginalidad actual, ha perdido valor.

El compromiso de los empresarios con sus trabajadores

En una época no tan distante, el compromiso personal de muchos empresarios con sus trabajadores era más valioso que cualquier convención colectiva. Existía una confianza absoluta entre las partes y esta se reforzaba cuando empresarios de avanzada, como lo fueron Lorenzo Mendoza Fleury, Eugenio Mendoza Goiticoa y Oscar Machado Zuloaga (por nombrar tres entre muchos otros), anticipaban en sus organizaciones principios de justicia social que se pondrían en boga décadas más tarde. Solo los obligaba su concepción ética de lo que representaba la fuerza laboral y el lugar que ocupaba en su

visión social. La utilidad marginal de la justicia era elevada para esta generación de empresarios y mucho hicieron por enaltecer y dignificar la función del trabajo. Sin embargo, tampoco ésta visión escapó de la ley de satisfacción decreciente y poco a poco la visión originaria de la relación entre el trabajo y el capital, bajo un concepto de justicia social, fue dando lugar al negocio fácil, el enriquecimiento instantáneo y el tráfico de influencias que agotaron el pacto social original y condujeron al

surgimiento de una clase empresarial divorciada de los valores primigenios, centrada sobre sí misma y poco sensible a las necesidades del prójimo.

El deterioro de valores en esos cuatro frentes (democracia, convivencia social, compromiso personal y compromiso empresarial), entre muchos otros factores, llevaron a la crisis venezolana actual. La situación amenaza con devorar lo poco de institucionalidad que queda en pie. Sin embargo, es posible apreciar algunos signos alentadores en materia de revaloración. Parece que el infalible péndulo que rige los procesos históricos ha comenzado su camino de vuelta y, no sin temor, es válido preguntar: ¿habrá sido suficiente lo acontecido en los últimos quince años para aprender la lección? ¿Estará Venezuela preparada para una segunda oportunidad, en la cual comience de nuevo a saborear con fruición la justicia, con paz social, con olor a democracia, con libertad y tolerancia para todos? ¿Estará ya tan sedienta que los primeros vasos de agua tendrán el valor sublime de rescatarla en un momento tan cercano a la inanición? Esperemos que la sed haya alcanzado ya ese grado. ■



debates IESA

Suscríbese a la edición digital
Reciba cuatro números al año por Bs. 120

Visítenos en www.iesa.edu.ve/debates